

ISAÍAS BARREÑADA

Los palestinos del 48

Una pequeña porción de la población de Israel está formada por árabes palestinos, conocidos como los "palestinos del 48", al permanecer en los territorios ocupados por los sionistas en esa fecha. Esta minoría, pese a haber alcanzado derechos políticos y de ciudadanía, ha experimentado un sentimiento de exclusión, que el Gobierno israelí ha fomentado. La percepción de esta comunidad como una amenaza, ha motivado políticas tendentes a aislarla de sus vecinos árabes. El Proceso de Paz y la posible autonomía de Gaza y Cisjordania han esperanzado a esta comunidad, que aspira a ampliar sus derechos civiles y a conseguir la autodeterminación palestina.

Isaías Barreñada es investigador del Centro Español de Relaciones Internacionales, CERI, de Madrid.

La exclusión social de la minoría árabe

La población palestina con ciudadanía israelí constituye una dimensión del conflicto israelo palestino que suele pasar desapercibida. El proceso de paz no le ha sido ajeno, pues ha incidido en las relaciones entre esta minoría y el Estado israelí y en sus relaciones con los palestinos de Cisjordania y Gaza.

Alrededor de una quinta parte de la población israelí no es judía.¹ Casi en su totalidad, se trata de árabes palestinos, descendientes de la población árabe autóctona que no fue expulsada o que no se exilió en 1948. En Israel se les conoce como "árabes israelíes", mientras que ellos se autodefinen como "palestinos con ciudadanía israelí", para el resto de sus hermanos son los "palestinos del 48", los que se quedaron en la tierra arrebatada por los sionistas. A pesar de la masiva inmigración judía, esta minoría árabe ha mantenido y aumentado su peso relativo gracias a un fuerte crecimiento natural y a unas tasas de emigración casi nulas. Desde la fundación del Estado de Israel en

¹ A finales de 1995 aparecían en las estadísticas oficiales israelíes 1.069.500 ciudadanos (19%) que figuraban como árabes y otros, es decir no judíos, clasificados por su pertenencia confesional: musulmanes sunníes, drusos y cristianos. Central Bureau of Statistics (1996): Statistical Abstracts, Jerusalén.

Al no participar del consenso fundacional de Israel, al no ser judíos en el Estado judío, los árabes han sido de facto ciudadanos de segunda fila.

1948, estos árabes palestinos recibieron la nueva ciudadanía, tuvieron derecho de voto y participaron en la vida política israelí- el árabe es incluso una de las dos lenguas oficiales del país-. Sin embargo, al no participar del consenso fundacional de Israel, al no ser judíos en el Estado judío, los árabes han sido *de facto* ciudadanos de segunda fila, no se les reconoce como minoría nacional y constituyen un cuerpo bien diferenciado en el seno de la población israelí.

La minoría árabe vive segregada espacialmente. Tres cuartas partes de ésta habita en localidades exclusivamente árabes, localizadas en islotes: en Galilea central, en una región denominada el Triángulo y al norte del Negev. Algunas de estas áreas árabes son fronterizas con Cisjordania, lo que es percibido como un riesgo por Israel.

La minoría árabe siempre fue sospechosa de constituir una quinta columna, por ello, la política gubernamental hacia ella ha estado marcada por razones de seguridad. Hasta principios de los años sesenta, para evitar los contactos con el enemigo árabe próximo e impedir el retorno de los refugiados, las zonas árabes fueron sometidas a un severo régimen militar, con toques de queda prolongados y restricciones de movimiento. Esta vigilancia se relajó cuando el auge económico requirió incorporar a esta población como mano de obra barata, pero se mantuvieron una serie de políticas encaminadas a perpetuar el control sobre la minoría y aislarla de su entorno árabe.

En el marco estatal israelí, los árabes han vivido un progresivo desposeimiento de sus tierras, el estímulo de particularismos confesionales o étnicos propiciado por el Estado para evitar el desarrollo de un sentimiento unitario de identidad árabe, así como la persistencia de un trato diferenciado y una verdadera discriminación institucionalizada. Aunque con el tiempo la situación socioeconómica de la minoría árabe ha mejorado, ésta sigue estando desproporcionadamente representada entre los grupos más desfavorecidos del país.

Participación en la vida política

La singular evolución política de esta minoría étnica ha sido el contrapunto a la mejora de sus condiciones de vida. Desde 1949, la población palestina ha participado en las elecciones y siempre ha habido algún diputado árabe en el Parlamento. Si bien durante los años cincuenta y sesenta, el voto árabe se repartió entre la izquierda sionista y el polo no sionista encarnado por el Partido Comunista Israelí, esta situación cambió a mediados de los sesenta por el impacto del nasserismo, el final de la administración militar en el sector árabe y sobretudo con el restablecimiento de las relaciones con el resto de los palestinos y, a través de ellos, con el mundo árabe. La ocupación israelí de Cisjordania y Gaza en junio de 1967 para la minoría árabe supuso el fin de casi 20 años de aislamiento total, la reanudación de los contactos familiares, sociales, religiosos y económicos entre los palestinos de uno y otro lado de la Línea Verde.

En el plano político, la ocupación israelí significó un "contagio" nacionalista, traduciéndose desde entonces en un constante aumento del voto árabe a

los partidos no sionistas: en primer lugar al nuevo partido comunista arabizado (Rakah) y al frente que aglutinaría a su alrededor -el Frente Democrático por la Paz y la Igualdad (Hadash) y, luego, durante la década de los ochenta, a las nuevas organizaciones árabes (Lista Progresista por la Paz, Partido Democrático Árabe y listas islamistas).

Desde mediados de los setenta, lo más significativo ha sido la cristalización de una agenda árabe compartida por la gran mayoría de los grupos, que gira en torno a dos puntos: la reivindicación de sus plenos derechos como ciudadanos, es decir, la lucha contra la discriminación de la que son objeto en Israel, y su firme apoyo a la causa palestina y a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP). Este consenso resulta de la combinación, por un lado, de su identidad palestina y de los acontecimientos que han tenido lugar en la escena árabe y, por otro, de su ciudadanía israelí limitada y de su marginación.

La mejora de las condiciones de vida de la minoría árabe, la elevación de su nivel educativo y el contacto con los palestinos bajo ocupación han acentuado su conciencia de grupo excluido y han fortalecido su identidad palestina. Ésto se ha traducido en su autoidentificación. Si en la década de los sesenta esta comunidad se veía fundamentalmente como árabe e israelí, a principios de los noventa lo hacía como palestina y árabe. Pero esta nueva percepción no le ha llevado ni a renegar abiertamente de su ciudadanía israelí, ni a plantearse emigrar o secesionarse, sino a reivindicar igualdad, derechos civiles plenos y nacionales.

Una paz limitada

La doble identidad de los palestinos con ciudadanía israelí y su propio programa político han atraído su atención sobre los acontecimientos de Cisjordania y Gaza. Desde principios de los años setenta, algunos árabes israelíes fueron muy activos en pro de un acercamiento y del diálogo entre judíos israelíes y la OLP. La voz de los árabes israelíes no ha dejado de oírse clamando por la retirada militar israelí de los territorios ocupados y por el derecho de los palestinos a la autodeterminación. Aunque resulte difícil valorar su impacto, los políticos árabes hicieron de intermediarios para el diálogo entre israelíes y palestinos.

La Intifada (levantamiento independentista palestino en los territorios ocupados por Israel, iniciado en 1987) reforzó los lazos entre los palestinos de los dos lados de la Línea Verde: los árabes israelíes proporcionaron ayuda material y financiera, no cesaron las declaraciones públicas de apoyo a la lucha palestina por su autodeterminación y el fin de la ocupación, e incluso los pequeños grupos nacionalistas radicales intentaron extender, con poco éxito, el levantamiento al interior de Israel. Todo ello no pasaría desapercibido en Israel, contribuyendo a crispar los ánimos y tensar las relaciones entre el Gobierno y la minoría.

El inicio del Proceso de Paz fue muy bien acogido por la comunidad árabe israelí, que ha seguido con atención y esperanza la puesta en marcha de

La comunidad árabe confía en que la creación del Estado palestino les reportará beneficios, al contribuir en su lucha por los derechos civiles y nacionales en el interior de Israel.

la autonomía en Cisjordania y Gaza y el establecimiento de la Autoridad Nacional Palestina (ANP). Y ésto a pesar de que se ha visto totalmente mantenida fuera del Proceso, por el doble hecho de ser ciudadanos israelíes y no judíos. El proceso de paz relegó a los árabes israelíes a los márgenes, tanto del conjunto del pueblo palestino como de la sociedad israelí, reforzando su doble marginalidad. Sin embargo, el proceso no les es nada ajeno. La primera razón es que la creación de un Estado Palestino a corto o medio plazo constituye la consecución de una de sus principales reivindicaciones políticas: el inicio de la autodeterminación palestina. En segundo lugar, la comunidad árabe confía en que la creación del Estado palestino les reportará beneficios, al contribuir de alguna manera en su lucha por los derechos civiles y nacionales en el interior de Israel, acelerando su integración en la sociedad israelí.

Prueba de ello fue el comportamiento de la minoría árabe en las elecciones legislativas de junio de 1992. Aunque se mantuvo una representación de cinco diputados por las listas árabes en el Parlamento, se operó un desplazamiento significativo del voto árabe hacia el laborismo, prevaleciendo así un voto útil para garantizar la continuación del proceso de paz. El entonces primer ministro israelí, Isaac Rabin, se comprometió además a dar respuesta a la larga lista de reclamaciones por tratos discriminatorios. Sin embargo, lo más significativo fue que, dada la composición del Parlamento durante la legislatura anterior, por primera vez en la historia política de Israel los escaños árabes se hicieron indispensables para sostener la coalición de Gobierno y garantizar la mayoría de centro izquierda.

Apresuradamente, se pensó que la paz resolvería en breve la contradicción en la que vivía la minoría árabe israelí -su Estado dejaría de estar en guerra con su pueblo-, aceleraría su integración e *israelización* y frenaría su *palestinización* política. Paradójicamente, el apoyo de los partidos árabes al Gobierno laborista conllevó pocos avances y de escaso calado. El Gobierno demostró temer, ante todo, las críticas de los sectores judíos más intransigentes. En cuanto a las reivindicaciones de plena ciudadanía, algunos árabes accedieron a puestos relevantes de la Administración, desapareció la oficina del Consejero para Asuntos árabes ante el primer ministro, se hicieron promesas de trato igualitario en materia de subsidios familiares y se aumentaron los presupuestos para la minoría árabe. Sin embargo, estos pasos no se tradujeron en la admisión de los árabes a la primera línea de la política israelí y la discriminación cotidiana persistió. Los laboristas no se atrevieron a invitar a las organizaciones árabes a formar parte del Gobierno -evitando así que la derecha tildara de ilegítimo al Gobierno de coalición- y todavía ningún árabe ha dirigido un ministerio. Asimismo, en el Parlamento los diputados árabes están vetados de las comisiones sensibles -como la de seguridad-. Las confiscaciones de tierras han proseguido y la brecha entre la mayoría y la minoría sigue siendo escandalosa.

Esta incómoda situación no supuso la paralización de la acción política de la población árabe israelí. Desde el Acuerdo de Oslo se han dado importantes movilizaciones de este sector, relacionadas tanto con sus reivindicaciones ciudadanas como con el Proceso de Paz. Al igual que había ocurrido

durante la Intifada, los acontecimientos en Cisjordania y Gaza son seguidos con atención y provocan movilizaciones masivas. Cualquier acto de violencia contra los palestinos (como fue el incidente en la explanada de las mezquitas, el destierro de militantes islamistas al sur del Líbano, la matanza en la mezquita de Hebrón o las frecuentes confiscaciones de tierras) tienen una inmediata respuesta en forma de manifestaciones en los poblados árabes de Israel, que degeneran con frecuencia en desórdenes y violencia. Una de las últimas olas de manifestaciones se produjo el 26 de septiembre de 1996, tras los enfrentamientos violentos entre palestinos y soldados israelíes, en la llamada "crisis del Túnel de los Hasmoneos". Recientemente, el Parlamento ha discutido incluso una propuesta, promovida por sectores conservadores, para que se prohíban las manifestaciones de árabes israelíes.

En el plano parlamentario, los árabes han defendido fervientemente el Proceso de Paz y las reivindicaciones palestinas. En mayo de 1995, ante las confiscaciones de tierras palestinas en Cisjordania y la política de hechos consumados en Jerusalén Este, el Hadash tomó una iniciativa inesperada, decidió amenazar al Gobierno con retirarle su apoyo en la Kneset (Parlamento israelí), lo que le exponía a perder una moción de censura de la oposición de derecha. Tras un amago de resistencia, Rabin terminó suspendiendo provisionalmente algunas confiscaciones, evitando así una moción de censura. Por primera vez en la historia política de Israel, y en defensa de los palestinos de los territorios ocupados, los diputados árabes utilizaron su poder para amenazar objetivamente al Gobierno. Este hecho fue percibido por los árabes israelíes como una victoria y en todo el sector árabe israelí, incluido los islamistas, se generó una vasta discusión sobre la viabilidad de hacer valer el peso de la minoría en el Parlamento y, en general, en la política israelí. Más recientemente, los parlamentarios árabes han creado un comité en favor de Jerusalén Este como futura capital de Palestina y el Hadash ha promovido, no sin escándalo, la visita de miembros del Consejo legislativo palestino a la Kneset.

Asimismo, se han hecho más visibles las relaciones entre palestinos de los dos lados de la Línea Verde. Los líderes políticos árabes israelíes visitan las áreas autónomas, especialmente en momentos de tensión. Numerosas asociaciones árabes israelíes actúan y se pronuncian ante acontecimientos que tienen lugar en los territorios palestinos. En este contexto habría que destacar algunas actuaciones de diputados árabes, tanto nacionalistas como comunistas, y del dirigente islamista Darwish, como intermediarios entre facciones palestinas enfrentadas y especialmente promoviendo el acercamiento entre la ANP y el movimiento palestino fundamentalista islámico Hamás.

Estrechamente relacionados con el Proceso de Paz, algunos temas que afectan directamente a la minoría árabe han sido motivo de importantes movilizaciones. Entre ellos destaca la existencia de, aproximadamente, 70 árabes israelíes encarcelados por razones políticas, que no se beneficiarán de los acuerdos con la OLP. La minoría árabe reivindica que estos presos, a pesar de su condición de ciudadanos israelíes, sean equiparados y reciban los mismos beneficios que los palestinos de Gaza y Cisjordania, pues también fue-

Los palestinos con ciudadanía israelí, a pesar de haber visto mejorado muy tímidamente su estatus y situación socioeconómica, siguen siendo un elemento periférico del escenario político israelí.

ron condenados por su implicación en las actividades del movimiento nacional palestino. Otro asunto fue la pretensión gubernamental de instalar, tras la retirada del Ejército de las zonas ocupadas, a los colaboracionistas palestinos de Cisjordania y Gaza en los pueblos árabes de Israel. La mayoría de la población árabe se ha opuesto a ello, viendo en estos planes una nueva forma de presión gubernamental y de ataque a la minoría.

En suma, los palestinos con ciudadanía israelí, a pesar de haber visto mejorado muy tímidamente su estatus y situación socioeconómica, siguen siendo un elemento periférico del escenario político israelí: en tanto que no judíos no participan del consenso fundacional del Estado y se ven al margen de la toma de decisiones importantes. Por ello, aunque intenten intervenir por canales informales, esta minoría se encuentra excluida del principal capítulo de la agenda política israelí: el Proceso de Paz y la normalización de relaciones con sus vecinos árabes.

Un camino de logros y frustraciones

A pesar de que se esté realizando una parte de su programa estratégico, la persistencia de la marginación está agudizando las frustraciones y la politización del sector de población árabe, tal como se ha podido observar en las últimas elecciones. En los comicios de mayo de 1996 se operaron algunos cambios, derivados tanto de la frustrante experiencia anterior como de las modificaciones introducidas en el sistema electoral israelí. La reforma permitió a la minoría árabe disociar un voto identitario para el Parlamento y un voto útil en la elección del primer ministro. Ésto propició una alta participación en el sector árabe (incluso de nacionalistas e islamistas tradicionalmente abstencionistas), una vuelta masiva del voto a las listas árabes (se pasó de cinco a nueve diputados en la Knesset, que junto a otros tres árabes en las listas sionistas, suponen la mayor representación árabe en la historia de Israel) y un masivo respaldo (94,7% de los votos válidos) a la candidatura de Simón Peres, que encarnaba la apuesta por la continuación del Proceso de Paz.

Desde la lógica del sistema político israelí (de integración parcial y restringida de la minoría), la mayor parte de los análisis electorales subrayan que los resultados han sido desfavorables para los árabes. Con la derrota de Peres se ha esfumado la posibilidad de colocar un ministro árabe, y su capacidad de presión es menor en un Parlamento tan heterogéneo. Si, en cambio, se valoran los resultados desde los planteamientos estratégicos de la minoría -es decir, la *desionización* y la consecución de sus reivindicaciones civiles y nacionales-, los resultados electorales han sido positivos. La minoría árabe ha logrado más presencia en el escenario político, las coaliciones previas entre los distintos grupos han rentabilizado mejor el voto árabe y su contexto político se está definiendo más claramente en torno a dos polos, uno nacionalista-progresista (formado por el Hadash y el Congreso Nacional Democrático) y otro nacionalista tradicionalista (el Partido Democrático Árabe-islamista).

Las autoridades israelíes y la mayoría judía contemplan con preocupa-

ción y recelo la actitud de la minoría árabe y sus expectativas de que el nuevo orden regional suponga cambios favorables para ella en el interior del Estado judío. Para la mayoría de la población israelí, los árabes siguen constituyendo un cuerpo extraño en el país y su lealtad es continuamente puesta en duda, como se evidencia en sus actuaciones en favor de los palestinos de las áreas autónomas, que demuestran estar “teledirigidos” por el presidente de la ANP, Yasir Arafat. Políticamente, los árabes no forman parte del consenso fundacional, la mayor parte de ellos no realiza el servicio militar y por lo tanto, en clave sionista, no deberían participar en la toma de decisiones de alcance nacional. La pertenencia nacional marca cualquier acuerdo político, las mayorías cualificadas (entiéndase judías) son las únicas que legitiman. No resulta extraño, por lo tanto, que la extrema derecha israelí proponga abiertamente limitar los derechos políticos de los árabes.

Conclusión

Se esperaba que una victoria electoral del Bloque de la Paz evitara, al menos, un retroceso en la situación de la minoría y que ésta gradualmente pudiera llegar a desempeñar un papel constructivo en la coexistencia israelo palestina. En un escenario de normalización regional, la minoría árabe tiene un potencial singular para facilitar las relaciones entre los israelíes y sus vecinos árabes. Sin embargo, la victoria de la derecha ha puesto seriamente en peligro el proceso de paz, y ya se percibe un repunte del nacionalismo judío, agudizando las tensiones entre la mayoría y la minoría. En tal situación se impone el interrogante de cómo los cambios en la escena regional y el establecimiento de la entidad palestina van a afectar a la minoría árabe israelí en sus relaciones con la mayoría judía y el propio Estado de Israel. La aparición de una entidad política palestina vecina tendrá innegables efectos directos para los árabes israelíes. Como palestinos pasarán a formar parte de la porción de la nación palestina fuera del territorio del Estado palestino, y en tanto que minoría no judía en el Estado judío, contarán a partir de entonces con un referente vecino territorializado, que reforzará probablemente su sentimiento de pertenencia nacional.

Teniendo en cuenta variables como la discriminación de la minoría y la creación de la entidad política palestina, se podría apuntar dos posibles escenarios extremos. El primero consistiría en un cambio substancial de la actual situación de la minoría árabe, por el cual se lograra una plena integración en condiciones de igualdad de los no judíos en la sociedad israelí, mediante la progresiva superación del exclusivismo judío y de las prácticas discriminatorias. Ésto requeriría una redefinición constitucional: alterar el carácter judío del Estado y laicizarlo, reconocer el binacionalismo de hecho y revisar sus políticas etno nacionalistas de inmigración y organización del territorio, en función de los intereses judíos. Si bien este escenario es el deseado por la mayoría de los árabes israelíes- pues daría pie a una factible integración en el marco del Estado israelí y posibilitaría que jugase un papel constructivo en las relaciones entre los dos Estados y las dos sociedades-, en cambio es

La alta probabilidad de que se cree un Estado palestino al lado de Israel está incrementando un sentimiento de inseguridad entre los judíos.

rotundamente rechazado por la gran mayoría de los judíos de Israel. La disolución de la especificidad judía del Estado provocaría conflictos intra-judíos, enfrentamientos políticos entre sionistas y no sionistas y agravaría los problemas étnicos ya existentes, reforzando lo que algunos denominan la *orientalización* de la sociedad israelí a manos de los judíos originarios de países árabo-musulmanes frente al modelo actual dominado por los askenazíes.

El segundo escenario consistiría en el mantenimiento del *statu quo*, lo que de hecho sería percibido por los afectados como un agravamiento de la marginación y de la discriminación. El conflicto entre la mayoría judía y la minoría no judía no es hoy en día una cuestión prioritaria en la agenda nacional israelí, y todo parece indicar que la cuestión de la plena incorporación de los árabes, en nivel de igualdad, no se plantee a corto plazo. Sin embargo, retrasar esta cuestión puede abocar al empeoramiento de las tensiones. En tal caso, el recurso por parte de los árabes a hacer uso del referente palestino vecino (entiéndase búsqueda de apoyo político ante el Estado palestino y ante ciertos grupos políticos) o a cuestionar las fronteras de 1949, puede agravar enormemente la situación.

La alta probabilidad de que se cree un Estado palestino al lado de Israel ya está incrementando un sentimiento de inseguridad entre los judíos, y es previsible que refuerce, a modo defensivo y en detrimento de los no judíos, los sentimientos de identidad judíos y sionistas de una gran parte de la población. Entonces, mejor que nunca, podrá esgrimirse el argumento de que los insatisfechos de su condición en Israel pueden instalarse en el Estado palestino vecino, distante apenas unos kilómetros. De esta forma, una prolongación de la dominación convertiría a la minoría árabe en elemento desestabilizador interno para el Estado judío y, en vez de desempeñar un papel positivo entre Israel y Palestina, sería motivo de más tensiones. El mismo Estado palestino, en una situación determinada, podría verse tentado de instrumentalizar este factor interno en Israel.

El Proceso de Paz constituye un momento crucial para esta dimensión interna de la realidad israelí, ya que obliga a redefinir las relaciones entre la minoría palestina y el Estado. Sin embargo, las expectativas de esta población son difícilmente realizables sin cambios que afecten profundamente la naturaleza misma del Estado de Israel.